

SUEÑO DE FIEBRE

RAY BRADBURY

Lo habían puesto entre sábanas tersas, limpias, recién lavadas. Sobre la mesa, bajo la luz rosada del velador, había siempre un vaso de jugo de naranja, espeso y fresco. Bastaba que Charles llamase para que papá y mamá asomaran en seguida las cabezas y vieran cuán enfermo estaba. La acústica del cuarto era buena; se oían las gárgaras de la garganta enlozada, en el cuarto de baño, a la mañana; la lluvia que repiqueteaba en el techo, los ratones sigilosos que se escurrían entre paredes secretas, o el canario que cantaba en la planta baja. Si uno prestaba atención, no era tan malo estar enfermo.

Septiembre avanzaba y las tierras ardían en el otoño. Charles tenía trece años. Llevaba tres días en cama cuando sintió por primera vez aquel terror.

La mano le empezó a cambiar. La mano derecha. Charles la miraba y la mano estaba caliente y sudorosa, allí, sola, sobre el cubrecama. Tembló de pronto, sacudiéndose levemente. Luego se quedó quieta y cambió de color.

Esa tarde vino el doctor y le golpeó el pecho, delgado como el parche de un tambor pequeño.

—¿Cómo estás? —preguntó el doctor sonriendo—. Ya lo sé, no me lo digas: «El resfrío está bien, doctor, pero yo me siento horriblemente.» ¡Ja, ja!

El médico se rió de su propia broma, tantas veces repetida.

Para Charles, allí, acostado, esa bufonada terrible y vieja era ya, casi, una realidad. La broma se le deslizó en la mente. La mente se apartó sintiendo un terror pálido. El doctor no entendía cuán crueles eran esas bromas.

—Doctor —murmuró Charles, abatido y descolorido—. La mano, ya no es mi mano. Esta mañana se convirtió en otra cosa. Quiero que usted me la cambie de nuevo. ¡Doctor, doctor!

El doctor mostró los dientes y le acarició la mano.

—Yo la veo bien, hijo. Soñaste, nada más. Fue un sueño de la fiebre.

—Pero cambió, doctor, oh, doctor —gritó Charles alzando penosamente la mano agitada y pálida—. ¡Cambió!

El doctor guiñó un ojo.

—Te daré una píldora rosada para eso. —Puso una tableta sobre la lengua de Charlie—. ¡Traga!

—¿Hará que mi mano cambie y sea *yo* otra vez?

—Sí, sí.

Había silencio en la casa cuando el doctor se alejó en el automóvil, bajo el cielo de septiembre, tranquilo y azul. Lejos, en la planta baja, en el mundo de la cocina, sonaba el tic-tac de un reloj. Charles, acostado, se miraba la mano.

No era aún como antes. Seguía siendo otra cosa.

Afuera soplaba el viento. Las hojas golpeaban los vidrios fríos.

A las cuatro le cambió la otra mano. Parecía casi una fiebre. Latía y se transformaba, célula a célula. Palpitaba como un corazón caliente. Las uñas se le pusieron azules, y luego rojas. Tardó casi una hora en cambiar, y al fin pareció casi una mano como todas. Pero no era como todas. Ya no era él. Charles, tendido, inmóvil, fascinado y horrorizado a la vez, cayó en un sueño pesado.

A las seis mamá trajo la sopa. Charlie no la tocó.

—No tengo manos —dijo con los ojos cerrados.

—Tus manos están perfectamente bien —dijo mamá.

—No —gimió Charlie—. No tengo manos. Me siento como si tuviese muñones. Oh, papá, mamá, ayúdame, ayúdame, estoy muy asustado.

Mamá tuvo que darle de comer.

—Mamá —dijo Charlie—, llama al doctor, otra vez. Sé buena. Estoy tan enfermo...

—El doctor vendrá esta noche, a las ocho —dijo mamá, y salió del cuarto.

A las siete, la noche envolvía la casa. Charles, sentado en la cama, sintió que se le transformaba una pierna, y luego la otra.

—¡Mamá! ¡Ven, pronto! —gritó.

Pero cuando mamá llegó ya no pasaba nada.

Mamá se fue; y Charlie, otra vez acostado, ya no luchó mientras las piernas le latían y latían, se calentaban al rojo, y el calor de ese cambio febril se difundía por el cuarto. El fuego le trepó de los dedos a los tobillos, y de los tobillos a las rodillas.

—¿Puedo entrar?

El doctor sonreía, en el vano de la puerta.

—¡Doctor! —gritó Charles—. Pronto, ¡levante las mantas!

El doctor levantó pacientemente las mantas.

—Ya veo. Sano y fuerte. Estás sudando, sin embargo. Un poco de fiebre. Te dije que no movieras, criatura. —Pellizcó la húmeda mejilla rosada—. ¿Te hicieron bien las píldoras? ¿Se te curó la mano?

—No, no; ahora es también la otra mano y las piernas.

—Bueno, bueno, tendré que darte tres píldoras más, una para cada extremidad, ¿eh, mi muchachito? —rió el médico.

—¿Me harán bien? Doctor, por favor, por favor, ¿qué tengo?

—Una escarlatina leve, complicada con un resfrío.

—¿Es un germen que vive y tiene en mí más gérmenes?

—Sí.

—¿Está seguro que esto es una escarlatina? ¡No hizo ningún análisis!

—Bueno, algo sé de enfermedades —dijo el doctor secamente tomándole el pulso al niño.

Charles se quedó acostado, sin hablar, hasta que el doctor empezó a guardar los instrumentos en el maletín negro. Entonces, en el cuarto silencioso la voz de Charles se alzó en un débil sonido. Habló con los ojos brillantes, recordando.

—Leí un libro una vez. Trataba de árboles petrificados. Decía cómo caían los árboles y se pudrían, y los minerales se metían en la madera y crecían, y entonces parecían árboles, pero no, eran piedras.

En el cuarto tranquilo y caldeado, el médico oyó la respiración de Charles.

—¿Y bien? —preguntó.

—Estuve pensando —dijo Charles al cabo de un rato—. ¿Crecen los gérmenes? Quiero decir: en la clase de biología nos hablaron de animales unicelulares, amebas y otras cosas, que hace millones de años se juntaron y formaron el primer cuerpo. Y luego se juntaron más células y crecieron y así nació un pez y al fin aparecimos nosotros. Y todos nosotros somos un montón de células que se juntaron para ayudarse, ¿no es así?

Charles se humedeció los labios. El médico se inclinó sobre la cama.

—¿De qué hablas?

—Tengo que decírselo, doctor, oh, sí, ¡tengo que decírselo! —exclamó Charles—. ¿Qué pasaría, eh, piense, por Dios, qué pasaría si unos microbios se juntaran otra vez como en los tiempos antiguos, y luego, reproduciéndose?...

Charles tenía ahora las manos sobre el pecho, y las manos se le movían, trepando.

—¡Y decidieran ocupar una persona! —gritó Charles.

—¿Ocupar una persona?

—Sí, transformarse en una persona. En mí, en mis manos, ¡en mis pies! ¿Qué sucedería si una enfermedad supiera cómo matar a una persona y luego seguir viviendo?

Charles chilló.

Tenía las manos en el cuello.

El doctor se adelantó, gritando.

A las nueve el padre y la madre escoltaron al doctor hasta el automóvil, le dieron el maletín y se quedaron conversando en el frío viento nocturno.

—Cuiden que tenga las manos atadas a las piernas —dijo el doctor—. No quiero que se lastime.

La madre retuvo un momento el brazo del médico.

—¿Mejorará, doctor?

El doctor le palmeó el hombro.

—¿No soy acaso el médico de la familia, desde hace treinta años? Es la fiebre. Se imagina cosas.

—Pero esas lastimaduras en el cuello, por poco se estrangula.

—Manténgalo atado. Mañana estará bien.

El coche se alejó por el oscuro camino de septiembre.

A las tres de la mañana, Charles estaba todavía despierto en el cuarto en sombras. Sentía la cama húmeda bajo la cabeza y la espalda. Se le estaba transformando el cuerpo. No se movía, y miraba el vasto cielo raso desierto con una concentración demente. Durante un rato había gritado, debatiéndose, pero ahora estaba débil y ronco, y la madre se había levantado varias veces a refrescarle la frente con una toalla mojada. Ahora yacía en silencio, con las manos atadas a las piernas.

Sentía el cambio en las paredes del cuerpo y en los órganos. Los pulmones le ardían como fuelles encendidos de alcohol rosado. El cuarto parecía iluminado por el resplandor trémulo de una hoguera.

Ahora ya no tenía cuerpo. Todo había desaparecido. El cuerpo estaba ahí, debajo, pero parecía la inmensa pulsación de una droga ardiente y letárgica. Era como si una guillotina lo hubiese separado limpiamente de la cabeza, que yacía brillante sobre la almohada de medianoche, y el cuerpo, abajo, vivo, perteneciese a algún otro. La enfermedad había devorado el cuerpo, reproduciéndolo luego en un doble afiebrado. Allí estaba el vello de las manos, y las uñas y las cicatrices y los dedos de los pies, y el lunar en la cadera derecha, todo de nuevo y perfecto.

Estoy muerto, pensó Charles. Me han matado, y sin embargo todavía vivo. Mi cuerpo está muerto, es todo enfermedad, y nadie lo sabrá nunca. Caminaré y no seré yo, seré otra cosa. Seré algo dañino, maligno, tan poderoso y maligno que es casi inconcebible. Algo que se comprará zapatos y beberá agua y se casará algún día, quizá, y que hará en el mundo un daño que nadie hizo hasta ahora.

El calor le invadía el cuello, las mejillas, como un vino caliente. Sentía los labios, los párpados como hojas en llamas. Las ventanas de la nariz espiraban débiles fuegos azules.

Esto será todo, pensó. Se me meterá en la cabeza y en el cerebro y me cambiará los ojos y todos los dientes y las huellas del cerebro y todos los pelos y los pliegues de las orejas, y no quedará nada de mí.

Sintió que el cerebro se le llenaba de mercurio caliente. Sintió que el ojo izquierdo se le enroscaba como un caracol, se retraía, se transformaba. Estaba ciego del ojo izquierdo, ya no le pertenecía. Había pasado a territorio enemigo. Había perdido la lengua, no la sentía ya. La mejilla derecha se le había dormido. El oído izquierdo dejó de oír. Ya era de otro. De esa cosa que estaba haciendo, de ese mineral que reemplazaba a la madera, de esa enfermedad que sustituía a la célula animal sana.

Trató de gritar y consiguió gritar, con una voz aguda y ronca, en el cuarto, cuando ya le zozobraba el cerebro y perdía el ojo derecho y el oído derecho y quedaba ciego y sordo, todo llamas, todo terror, todo pánico, todo muerte.

El grito cesó antes que la madre entrara corriendo en el cuarto.

Era una mañana clara y hermosa y el viento ayudó al doctor a subir por el sendero que llevaba a la casa. Arriba, en la ventana, estaba el niño, de pie, totalmente vestido. No contestó cuando el doctor lo saludó con la mano y gritó:

—¿Qué es esto? ¿Levantado? ¡Santo Dios!

Corriendo casi, el doctor, subió las escaleras y entró jadeando en el cuarto.

—¿Qué haces levantado? —le preguntó al niño. Le auscultó el pecho delgado, le tomó el pulso y la temperatura—. ¡Increíble! ¡Absolutamente increíble! Sano. Sano. ¡Dios!

—Nunca más me enfermaré —declaró el niño firmemente, siempre de pie, mirando hacia afuera por la ventana abierta—. Nunca.

—Así lo espero. Pero Charles, tienes muy buen aspecto.

—¿Doctor?

—¿Sí, Charles?

—¿Puedo ir a la escuela, *ahora*?

—Mañana, espera a mañana. ¿Por qué esa prisa?

—Me gusta la escuela. Y los chicos. Quiero jugar con ellos, y pelear con ellos, y escupirles, y tironear las trenzas a las chicas y estrecharle la mano a la maestra y frotarme las manos en todos los abrigos del guardarropa, y quiero crecer y viajar y casarme y tener muchos hijos, ir a las bibliotecas y ver libros y..., ¡quiero hacer todo eso! —dijo el niño con la mirada fija en la mañana de septiembre—. ¿Cómo me llamó usted?

—¿Qué dices? —preguntó el doctor, perplejo—, Charles, no te he llamado de ningún otro modo.

El chico se encogió de hombros.

—Mejor eso en vez de ningún nombre, supongo.

—Me alegra que quieras volver a la escuela —dijo el doctor.

—Tengo muchas ganas —sonrió el niño—. Gracias por su ayuda, doctor. Deme la mano.

—Con mucho gusto.

Se dieron la mano, gravemente, y el viento claro sopló por la ventana abierta. Se estrecharon la mano casi un minuto, el chico sonriéndole al viejo, dándole las gracias.

Después, riendo, el chico corrió con el doctor escaleras abajo y luego hacia el automóvil. El padre y la madre los siguieron para asistir a la feliz despedida.

—¡Fuerte como un roble! —dijo el doctor—. ¡Increíble!

—Sí, fuerte —dijo el padre—. Se desató anoche, solo. ¿No es verdad, Charles?

—¿Sí? —dijo el niño.

—¡Te desataste! ¿Cómo?

—Oh —dijo el niño—, eso fue hace mucho tiempo.

—¡Hace mucho tiempo!

Todos se rieron y mientras se reían, el niño, en silencio, movió el pie descalzo y rozó apenas unas hormigas rojas que se escurrían por la acera. Secretamente, con los ojos brillantes, mientras los padres y el viejo doctor conversaban, vio que las hormigas vacilaban, se estremecían y se quedaban quietas sobre el cemento. Sintió que estaban frías ahora.

—¡Adiós!

El doctor partió saludando con la mano.

El chico caminó delante de los padres, mirando a lo lejos, hacia la ciudad, y empezó a tararear una canción: *Los días felices de la escuela*.

—Qué alegría verlo sano otra vez —dijo el padre.

—Escúchalo, sueña con ir otra vez a la escuela.

El chico se volvió, en silencio. Abrazó al padre y a la madre, con fuerza. Los besó varias veces.

Luego, sin una palabra, subió la escalera y entró en la casa.

En el vestíbulo, antes que llegaran los otros, abrió rápidamente la puerta de la jaula, metió la mano, y acarició al canario amarillo, *una vez*.

Luego cerró la puerta de la jaula, dio un paso atrás, y esperó.

FIN

Libros Tauro